

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 4 DE DICIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.606

EVOCACIONES LITERARIAS MÁXIMO GORKI O EL DOLOR

Nuovi tormenti e nuovi tormentati
mi veggio intorno, come ch'io mi mova,
e come ch'io mi volga e ch'io mi guati.
(DANTE.—"INFERNO".—CANTO VI.)

MÁXIMO Gorki es como un Dante pomuloso, achatado y de ojos obliquos. Los «círculos» del Florentino gimen, aullan, rugen, espantan, entre las páginas del Ruso. Por dondequiera que

misma «vía smarrita», descienden a la misma Ciudad Doliente, sienten igual terror por el suplicio de los hombres. Dante lo immortaliza por el candor y el amor divinos. Gorki, por el sudor y la angustia humana.

El símbolo eucarístico del Pelicano, alimentando hijos con su propia sangre, es aplicable a Gorki, escribiendo con san-

el hombre, ni la prisión, reducen esa probidad ejemplarísima. El propio Gorki, por tres veces, ha visto sus periódicos *Los Anales* y *Vida Nueva* suspendidos y recogidos, confiscada su imprenta, arrojado su propio hogar, presos su esposa y su hijo Máximo, mientras a él lo expulsaban de la patria, «manu militari». Llamado del destierro para volver a

maturo, conspirador, viva y enardecida expresión de los afanes de su tiempo, es el hombre de las estepas, el hombre de las «izbas», el hombre de las ciudades, el hombre de las fábricas, el hombre del clartel, el hombre del hospital. Inquieta, otea, escucha, vigila, siente avanzar por todas partes el Dolor, como la res siente avanzar la jauría. Y como Asve-

LOS TIPOS QUE SE ACABAN



BAILE DE CAMPESINOS DE AVILA, CUADRO DE VALERIANO BÉCQUER

se abran estas páginas, como las del «Inferno», muestran «nuevos tormentos, nuevos atormentados».

¿Semejanza entre el Día y la Noche? ¿Qué semejanza puede haber entre la fantasía dantesca y la Realidad gorkiana? Dante es como un emperador, revestido de manto y cetro, lleno de pompa lírica y majestad teológica. Gorki es como un hombre de armas, membrudo, barbudo, sudoroso, lleno de sencillez narrativa y tosquedad revolucionaria. Uno canta sus invenciones, sus visiones, sus creaciones. Otro cuenta, naturalmente, lo que ha visto, oído, sufrido.

Sin embargo, los dos se cruzan en la

gre de sus venas. Su obra va tan pareja a su vida como dos alas en el vuelo o dos manos en la oración. Separarlas equivaldría a mutilarlas.

Esta hermandad entre la ideología y la conducta, mantenida por tantos escritores rusos, frente a tantos errores, iniquidades y crueldades, distingue honrosamente entre todas a la literatura eslava. Desde los viejos patriarcas—Gógol, Nekrasov, Gonchurov—a los patriarcas modernos—Dostoyevski, Radnikof, Tolstoi—, ni el «knut», ni San Pedro y San Pablo, ni Siberia, abatieron bajo el zarismo la dignidad intelectual. Aun hoy, bajo el «Soviet», ni el destierro, ni

ser humillado, amenazado, detenido; reintegrado a la plenitud de sus funciones periodísticas, para de nuevo ser amenazado por Lenin; nombrado director de Instrucción pública, para ser depuesto bien pronto, jamás dejó de ser su pluma lo que es: una conciencia sublevada.

El simulacro, la superchería, el zigzaguo—ignominias frecuentes en las literatura de todos los tiempos y países—, avergüenzan a los escritores rusos. Gorki, caudillo literario y apóstol revolucionario, se ampara, en la batalla como en la prédica, de la misma austera virtud: probidad.

Periodista, cuentista, novelista, dra-

ma, rush bajo la mirada de Jehová, él, bajo la mirada del Dolor, camina, camina.

En «Mi vida de niño» deshace la leyenda absurda de un Gorki que a los quince años no sabe leer, y de la noche a la mañana, en un Jesús, se pertrecha de todos los conocimientos, renovando el mito de Pallas, «armada de todas las armas», al conjunto de Zeus Olímpico.

Este milagro, caro al «obrerismo» sin preparación ni amor al esfuerzo intelectual, llenaba de retratos de Gorki las «Casas del Pueblo», ofreciéndolo a las multitudes como «hijo del pueblo», por

autonomasia. Era el escritor sin colegio ni profesores, el magnífico autodidacto que, rodando de lugar en lugar y de oficio en oficio, encarnaba la apoteosis del genio en blusa, antibugués, igualitario y demagógico. Era, en fin, la consagración, sin linaje, ni esfuerzo, ni disciplina. El caudillo improvisado en horas. El sueño dorado de tanta oscura vanidad.

Todo ese tingladillo, astutamente manejado por los maese Pedros del voto y la «cotización», lo derriba de un puntapié sincero el propio Gorki. En este libro autobiográfico—que acaba de publicarse en español—y que es sencillo como un pájaro, rumoroso como una feria, patético como un suicidio, Gorki describe su niñez hasta los doce años.

De linaje burgués, nieto de burgueses, vive en la fábrica de tintes de sus abuelos. Su madre, no sólo es burguesa, sino elegante, amiga del lujo. Tienen cuadras, cocheras, caballos, trineos. Gorki sabe leer desde los seis años; conoce bien la Historia Sagrada, las vidas de santos, los Evangelios; las leyendas rusas, desde los diez. Y cuando, como dice él mismo, «se va por el mundo», tiene ya doce años y hábito de manejar libros y disciplinar sufrimientos.

Lo que viene después—su juventud errante, inquieta y ávida—tampoco es propiamente autodidactismo. Son naturales cambios de postura en un enfermo o un insomne. Entrar como aprendiz de zapatero, para ensayar días después la carpintería. Dejar en seguida el formón para tomar luego el mandil de pinché. Abandonar el humo de las cocinas para irrumper en una imprenta. Arrojar el compenedor para despachar dulces. Ir de Nini-Nugorod a Saratof, de Saratof a Kazan, de Kazan a Ostroma, de Ostroma a Ignacié. Arrastrar barcas por el Volga, llevar maletas de viajeros, hacer recados de estudiantes y profesores, hasta dar, a los diez y ocho años, una tarde de abril, en una plaza de Kazan con el magnífico Korotenko, que le apadrina, abriéndole los periódicos, es, más que una odisea, un interminable «via crucis».

Mas así como las inundaciones del Nilo impetradas por Faraón a la vaca Isi trajeron el período de las vacas gordas, las inundaciones del corazón y del entendimiento de Gorki trajeron la cosecha riquísima de obras, todas específicamente diversas y todas con el mismo aire de familia: la rebelión. Rebelión contra todas las crueldades, contra todas las tiranías, contra cuanto engendra dolor. Rebelión, pues, contra el Dolor, musa, obsesión y Euménide de Gorki.

El siglo XIX, en su primera mitad, es el siglo intelectualista. Puskin, en «Eugenio Oneguin», presenta al intelectual incomprendido. Lermontof, en «El héroe de nuestros días», al militar intelectualizado. Goncharof, en «Oblamof», al noble intelectualizado.

Todos son tipos «negativos», ociosos, excépticos, abúlicos. Rusia entera se cifra en ellos. Escritores, artistas, profesores, estudiantes, practican el «conguinismo». Se reúnen, fuman, beben, disputan, y todo se les va en palabras. Son los precursores, los sembradores; mas también representan el retraimiento, la altivez, el «turrieburnismo». Aislados por igual de la aristocracia y de la plebe, encarnan esa absurda ideología mesócrata, digna de poblar el Limbo dantesco, conviviendo con los avergonzados ángeles «che non furon rebelli».

En cambio, la segunda mitad del siglo es un plantel de rebeldías. Pomialusky, en «Malatof», «La felicidad de un padre burgués» y «Relatos del Seminario», tira de la manta burguesa. Rechnikof, en «Polydnayia», inicia la revolución cam-

pesina. Uspensky, en las «Estampas rústicas», pone la mecha al polvorín.

Luego, inmenso como un titán, humilde como un monje, expresión rotunda y genial del fatalismo eslavo, Teodoro Dostoyusky arma aparte sus tiendas místicas. Y, a pesar de «Humillados y ofendidos», «Crimen y castigo», «El espíritu subterráneo», «Los poseídos», «El idiota», «Las pobres gentes», «Los hermanos Karamazof», «La casa de los muertos» y «Un adolescente», terribles aguafuertes unas, irónicos bocetos otras, y obras todas en que el rugido se trueca en salmo, no puede contener el desbordamiento del dolor, y forma, contra sus propósitos, «escuela de espanto». Esa escuela de espanto produce discípulos como Gara-

chin, con su terrible y tétrica «Flor roja»; como Ignacié, con su tenebrosa «Noche sin dormir».

Luego, ya en uestros días, Tolstoi, siguiendo a Dostoyuski, reproduce el neocristianismo y habla de «no oponerse al mal». Pero, también a su pesar, como Dostoyuski, crea una escuela: el «narodnismo»; esto es, el ruralismo como bienaventuranza terrena. Entonces Yasnaya Poliana ve al conde altivo, en blusa de «quijilo» y descalzo, en pos de la yunta. Entonces surge Antón Chekof, su discípulo predilecto, atacando en «Las tres hermanas», «El tío Ivan», «Ivanof» y otros dramas y novelas las pútridas llagas mesócratas. Y entonces aparece Gorki, transformando el «narodnismo», de

Rechnikof y Tolstoi, en «bosiakismo» («bosiaki», vagabundos).

He aquí la originalidad de Gorki: los «ex hombres». Era un mundo ignorado a cuyas playas de dolor arribó, escupido por la vida. Náufrago, hambriento, tiritando, las tres clases sociales de aristocracia, mesocracia y democracia, nada tenían de común con aquel planeta social.

Eran hombres «usados», gastados, servidos y arrojados como zapatos viejos. Generaciones consumidas, no por el diente, ni siquiera por el hambre: por el Dolor. Gentes que no tenían hogar, ni familia, ni amigos, ni esperanzas, ni odios. Peascos en figura humana.

Gorki juntó en su empeño a los bríos del descubridor el celo inflamado del catequista. Quería estudiar, analizar, organizar, disciplinar, animar a estos hombres-piedras, infundiéndoles almas rebeldes. Era como un Francisco Javier de todos esos hombres-sombras, hombres de quicio de portal, de bancos en jardines públicos, de sombreros inverosímiles... Hombres que llevan en invierno ropa de verano y en verano ropa de invierno. Hombres de barbas sucias, de ojos cansados, de brazos caídos, a quienes siguen sus mujeres arrastrando niños famélicos. Hombres que ven llorar a sus mujeres y a sus hijos y permanecen como ensimismados, como indiferentes, como insensibles...

En todos los libros de Gorki hay siempre cariñosa hospitalidad para estos «indios de Rusia», rescatados por su perseverancia. No recordamos una sola de sus obras que interrumpa tan generoso apostolado. «Chelkach», «Kanavalof», «Malva», «Tomás Gondief», «La madre», «Varenka Olesava», «El espía», «La aldea Kurof», «El nacimiento del hombre», «Alejo, el recluta», «Veraneantes», «Memorias de un hombre inútil», todas se ven santificadas del mismo anhelo, ungidas por los mismos óleos de justicia social.

Pero entre todas, sobre todas, «Mi vida en la niñez» destaca por su vivo interés biográfico. Es la sola flor de este páramo, la única estrella de esta noche. El arte, probo y grave, de Gorki escala aquí altas cumbres de perfección. Las emociones evocadas tienen toda la sencillez pintoresca, ingenua y graciosa de un relato infantil. Los lugares, los tipos, los episodios, se suceden como una serie de lienzos o decoraciones teatrales. No cabe más verdad, más sobriedad, más sinceridad. El maestro, dueño del estilo, en plena madurez robusta, esculpe a golpes de cincel este colosal monumento.

Ningún temperamento como el suyo para esta obra de arte y lealtad. Las biografías son el abismo de los escritores. Atraen la vanidad, sepultan el genio. Este abismo, donde se hundió Rousseau con sus amañadas «Confesiones», fué salvado por la serenidad de Renan con sus «Recuerdos de la infancia y de la juventud», y por la majestad de Goethe con su «Verdad y Poesía». Sobre este abismo vuelan como águilas las evocaciones de Gorki, que ha fundido «Mi vida en la niñez» en ese bronce humano que se llama sinceridad. Pisaref dijo de este libro que era la mejor obra de Gorki. Hugo Ojetti sostiene que, más que la biografía de Gorki, es la biografía del pueblo ruso.

Son páginas inolvidables, vivas cátedras de dolor. Recuerdan, por su magisterio de piedad para las mujeres y los niños y su apostolado de justicia para los hombres, los primeros tiempos cristianos. Cuando Jesús tejía la parábola de la adúltera y atraía a sí a los pequeños, diciendo: «Dejadlos que se acerquen a mí...»

Cristóbal de CASTRO

POEMAS ELEGÍACOS

LA BALADA DE LA MADRE

Quando el Angel de las Anunciaciones
me dijo que venías,
mullí mi corazón como una cuna...
Y viniste, hijo mío; y en mi entraña
aquel día fué fiesta.
Di a tus labios las flores de mi pecho,
y, mientras la materna miel libabas,
yo, con María, canté a Dios: ¡Magnificat!

Otro Angel—el Angel de la Muerte—
extendió sobre ti sus alas negras
y te llevó consigo...

Te me fuiste
de entre los brazos, suavemente, como
un pájaro que vuela de la rama...

Pero mis brazos van tendidos siempre
como si aún te acunasen...

¡Es que acunan
tu recuerdo, hijo mío!...

A UN POETA JOVEN

Muy bien está lo nuevo, poeta; mas también
lo viejo—cuando es bello—está muy bien.
Lo bello, sobre todo... Di, pues, palabras bellas
aunque hablen de cosas
tal vez un poco viejas, como lirios, estrellas,
ruiseñores y rosas...

No malogres tu verso con el ripio de un ismo.
Hay algo por encima de lo nuevo: lo eterno.
Cada aurora es distinta, pero el sol es el mismo.
No habría primavera sin invierno.

Queremos, sí, avanzar. En el timón la mano,
al Oriente la prora y tendida la vela,
avancemos, hermano:
¡mas cubramos de pétalos la estela!

A LAS PUERTAS DE PLATÓN

Nadie entre que no sepa Geometría.
PLATÓN.

¡Oh, Geometría, Geometría,
verbo de la Armonía!
En la pizarra del espacio,
tu dedo traza el ideal palacio
en que habitan las Formas.
Tú has dictado las normas
de su eterno camino a los planetas
y las pautas secretas
de las suaves
curvas que en el cielo siguen las aves.
Línea por línea, vas
—como el poeta verso a verso—
ritmando el Universo.
¡Todo lo mide tu compás!
Tan sólo el corazón
escapa a tu despótica sanción.

Acaso llegue un día
en que tu ley regule el caprichoso vuelo
con que se hunde en las simas o se remonta al cielo.
Pero el corazón, hoy, no sabe Geometría.
¡Por eso el corazón
no puede entrar en casa de Platón!

Enrique RUIZ DE LA SERNA

ARTE PORTUGUÉS

LOS PINTORES PRIMITIVOS

La pintura primitiva portuguesa parece relacionarse con el florecimiento flamenco. Aunque en sus maneras nacionales hay no pocos resabios italianos y ciertas modalidades alemanas, se nota claramente la influencia de los Van Eyck y Rogelio Van der Weyden, y aun mejor de sus discípulos Thierry-Bouts y Simón Marmion. Puede servir de tipo la interesante obra de Nuño Gonçalves «Veneração a San Vicente», bien conocida en España por la profusión informativa con que se recibió la adquisición de este políptico maravilloso en el «Museo das janelas verdes», de Lisboa. El arte de Nuño Gonçalves fué precursor de las famosas escuelas de Evora, Vizeu y Coimbra, que honraron firmas tan insignes como las del Grao Vasco (Vasco Fernández), Frey Carlos, Jorge Affonso, Cristovao Lopes, Gaspar Vaz, Cristovao Figueiredo, Gregorio Lopes, Cristovao Moraes, Sánchez Coello (considerado como portugués, porque se afirma aquí que nació en Castello Rodrigo, aunque no se oculta que se educó y vivió en España), y más posteriormente Domingo Antonio Sequeira, y deriva, pese a sus grandes e indudables concomitancias con los renacentistas florentinos, del gusto neerlandés.

Tanto la obra del gran pintor de Alfonso V, el Africano, como la del siglo siguiente, llamada «Joamina», coincide con el maravilloso esplendor rápido y universal de la pintura de los Países Bajos.

Unidos políticamente Flandes y la Borgoma, el Arte se desarrolló en aquel país floreciente gracias a la protección decidida de los príncipes de Valois. No menos generosos y entusiastas fueron los monarcas portugueses de los siglos XV y XVI. Cien años de conquistas, de ensanchamiento nacional, de aventuras afortunadas, de riqueza insospechada e inaudita desde el Maestro de Anís hasta Don Juan III, dieron a la indecisa cultura portuguesa un desarrollo fulminante y magnífico. Lo proclamaban infinidad de monasterios de esa época, grandes catedrales, liceos, Universidades y Academias, avaloradas todas con obras de arte que compraban el oro de las Indias y el Brasil y que alum-

mo siglo, cuando aun se creía que la decoración de un cuadro dependía no de la gracia de la composición y suntuosidad del colorido, sino del acopio de elementos subalternos, cuyos fondos, paños, atributos, orlas y doreles pudo pensarse que lo flamencos no poseían el sentido decorativo. Tampoco lo tuvieron en ese aspecto los portugueses, a excepción de Jorge Affonso, el más italianizado, y, en parte, Vasco Fernández, tan notable paisajista como retratista. Pero véase a Nuño Gonçalves en su políptico de San

obra pictórica la importancia que en ese período tuvo en Portugal la pujante industria textil.

Satírico, expresivo y punzante, recordando la fina ironía del Bosco, es, a las veces, Jorge Affonso en sus bellas perspectivas fondales.

Otra feliz coincidencia salta a los ojos analizando, siquiera sea superficialmente, la pintura primitiva portuguesa: la que juntó las primitivas de los Renacimiento flamenco y germano.

so más atrasado que él, a pesar de ser posterior, Jorge Affonso pintaba todavía en perspectivas desiguales. Le enamoraba la dulce luz de Venecia; pero prefería, no obstante, representar la verdad, huyendo de la excesiva belleza de la pintura de los italianos. Fué, pues, más realista que Bellini; pero, como él, devoto de las coloraciones brillantes y los toques bien iluminados.

Otro gran pintor portugués se ofrece a nuestra consideración: el ya citado fraile de Evora. Frey Carlos es de color agrio, trazos duros, opaco y profundamente religioso. Su temperamento se desemeja un poco del de sus contemporáneos, como aconteció en España con el Greco. Su misticismo es también de estirpe española, y aun mejor, toledana. Fué el pintor de los santos; pero no de los santos atormentados, como Ribera, sino de los santos en oración, espirituales y bondadosos.

Debía parecer, por lo expuesto, que la pintura primitiva portuguesa carece de personalidad. No es cierto. Participa de la influencia italiana, flamenca y germana, tan extendidas en el arte universal del siglo XV; pero, a la vez, posee caracteres distintivos que permiten definirla en una escuela nacional.

Los pintores portugueses difieren del sentimiento flamenco en que son más religiosos que los neerlandeses, hecha excepción de Van der Weyden. Son también más decorativos. En ese punto su estética se acerca a la italiana. Y, no obstante, se diferencia de los italianos en el valor realista que conceden a la calidad de las cosas. Semejantes a los artistas alemanes por la composición y la aspereza de los gestos, distingúense de ellos por la mayor fluidez del color y la elegancia ornamental.

Una de las notas características del arte portugués es la perfección y cuidado con que sus pintores primitivos estudiaban las luces, pliegues, vuelos y aire de los paños. Por ahí entroncan con nuestra escuela extremeña. Viendo los hábitos de los frailes de la «Venera-



DETALLE DEL CUADRO «RETRATO DE DOADORES», DE CRISTÓBAL DE FIGUEIREDO

Vicente, al Grao Vasco en su San Pedro de Vizeu, a Figueiredo en sus «Doadores», a Frey Carlos, el fraile de Evora, en sus pálidos monjes. Unos, en lo elegante y sencillo de la composición, en la cual domina la línea vertical y el agrupamiento gótico de figuras para ocultar el fondo; otros, en la elección de vestiduras y el acierto con que están combinados los tonos y distribuidos los planos de color; otros, en fin, en el refinado deleite con que atendían las actitudes y armonizaban las escenas, revelaron un exquisito gusto y una sensibilidad decorativa nada corriente. Sin duda que no la mejoraban los italianos con sus jardines artificiosos y sus transparentes cielos de apoteosis.

Y no se piense que ese sentimiento provenía de las escuelas italianas. Los primitivos portugueses siguieron en su iniciación estética la tendencia flamenca. Retratista tan escrupuloso, perfecto y delicado como Juan Van Eyck es Gonçalves en la serie admirable de retratos de pescadores, caballeros, obispos y frailes que forman las severas agrupaciones de la «Veneração a San Vicente». Devotamente místico, con la elegancia suprema de Van der Weyden, es Frey Carlos en el éxtasis religioso de sus santos inimitables. Como Thierry-Bouts, es Figueiredo enérgico, de una energía brutal, dura y descarnada, al modo de «La sentencia del emperador de Othón», que han admirado todos los visitantes de la interesantísima Galería Nacional de Bruselas.

Como Marmion son Vasco Fernández y Gaspar Vaz, prolijamente detallistas, casi miniaturistas, en la forma de tratar las telas, a las cuales se da en la

De la influencia alemana participan también los cuadros portugueses. Gran afición por los conglomerados de figuras humanas, expresiones un tanto forzadas, más afectación que naturalidad, más misticidad que poesía.

Mi primera impresión ante las obras que se conservan en el Museo de Arte Antiguo fué la de hallarme en presencia de aquellos pintores alemanes que florecieron en Colonia a raíz del triunfo de los flamencos Van Eyck. Su proyección plana, su agrupamiento apretado y confuso, evocan esa disposición lineal de los frontales de altar que inspiraron a Esteban Lochner su colección de cuadros bíblicos.

Pero también por aquí se adivina la trayectoria de la innegable influencia flamenca. ¿No fueron los maestros flamencos los creadores o fomentadores, cuando menos, de las escuelas de Colonia, Suabia, Augsburgo, Colmar y Viena? ¿No imitaban a Van der Weyden, Thierry-Bouts y Hugo Van der Goes, los ignorados alemanes que han pasado a la Historia con los nombres del maestro de la Pasión, el maestro del Descendimiento y el maestro de la Santa Familia?

Es innegable que la rama renana del arte flamenco dejó su huella imperativa en el resurgimiento pictórico de Alemania y Portugal.

Jorge Affonso, sin embargo, se aparta bastante de esta apreciación general. Así como Frey Carlos es el más germanizado, Jorge Affonso es quien más tiempo conservó las tradiciones venecianas. Su extraordinaria Virgen de las Nieves, modelo de pureza y ternura, respiró el risueño optimismo que caracterizó las vírgenes doradas de Giovanni Bellini. Aca-



«LA VIRGEN DE LAS NIEVES», CUADRO DE JORGE AFFONSO

cao a San Vicente», de Nuño Gonçalves; los manteos de las delicadas vírgenes de Jorge Affonso; los grises sayales de los santos antoninos, de Frey Carlos; las ropas de los nobles de Figueiredo o los ornamentos del maravilloso «Sao Pedro», de Vasco Fernández, se piensa en seguida en la insuperable serie de Jerónimos de Zurbarán.

GIL FILLOL



SAN PEDRO, DE VIZEU, OBRA DE VASCO FERNANDES

braba el genio de Cambrons y la fe de San Francisco Javier, el venerable apóstol.

Se ha sostenido sistemáticamente que los pintores flamencos del siglo XV fueron menos decoradores que los italianos. Esto es verdad a medias. Hasta el últi-

Las tres brujas

ERASE que se era, allá por los tiempos de Mari-Castaña, un lindo pueblecito donde, en un viejo caserón, llamado la Casa del Duende, vivían tres brujas espantosas.

Eran viejísimas, muy feas, de nariz ganchuda, ojos saltones y huesudas manos, y siempre iban envueltas en grandes mantos de color de ala de mosca.

Asegurábase en el pueblo que convivían con ellas en su casucha tres enormes gatazos negros, tres feas lechuzas, otras tantas urracas y tres horriblos murciélagos; pero nadie los había visto, porque no existía un vecino que se arriesgase a atravesar el umbral de aquella misteriosa morada.

También decían que, a pesar de vivir juntas y salir siempre reunidas, las brujas no se podían ver ni en pintura unas a otras y sostenían frecuentes disputas, en las que armaban una infernal gritería, concluyendo por tirarse los cacharnos a la cabeza.

Tampoco los animaluchos debían de apreciarse mucho, porque un día sí y otro también escuchábase furiosos maullidos, gritos estridentes y ensordecedor ruido de batir de alas, y solía verse salir, ya por la chimenea, ya por la gatera, a alguno de los bicharracos que, llevando la peor parte en la contienda, huía de la quema prudentemente, si bien veíase forzado a volver al abandonado hogar, porque los chicos la empujaban con él a pedradas.

Vino un mal año para el pueblo: prolongada sequía, pedriscos, heladas, plaga de langosta, epidemia en el ganado; de todo hubo, y los pobres aldeanos, en la ruina, se desesperaban viendo perdidas las cosechas y muertos sus ganados.

Y aunque hasta entonces sus asuntos habían ido perfectamente, culpaban de sus desgracias a las tres odia-das moradoras de la Casa del Duende.

¡Es preciso—exclamaban en tono amenazador—hacerles pagar cara su maldad!

Pero era el caso que ninguno se atrevía a intentarlo, porque no ignoraban que el mortal en quien los ojos de una bruja se fijasen con insistencia volvía tonto de remate o lentamente iba enflaqueciendo, debilitándose hasta morir, sin que ninguna droga pudiera salvarle la vida.

Y un día que se encontraban reunidos en la plaza todos los hombres del pueblo, discutiendo sobre el modo de deshacerse de sus enemigas, llegaron a ella tres mozalbetes que iban recorriendo el mundo en busca de fortuna. Eran de elevada estatura, de porte distinguido; tenían facciones correctísimas y finos ademanes: parecían tres caballeros, a pesar de la modestia de sus trajes, y acaso lo fueran, porque en aquellos tiempos se veían cosas muy raras.

Y sucedió que así que los reciénllegados se enteraron de lo que se discutía, ofrecieron a librar al pueblo de las brujas.

Con gran júbilo escucharon los aldeanos sus palabras, y se apresuraron a ponerse a sus órdenes y obsequiarles con lo mejor que tenían.

Llegada la noche, los tres jóvenes, que rehusaron toda ayuda, dirigieron a la Casa del Duende y la prendieron fuego, pensando que las brujas y sus animaluchos se achicharrarían dentro. Pero, sí, sí; montadas en sus escobas salieron dando chillidos por la chimenea, seguidas de los infernales volátiles, mientras los gatazos se marchaban, haciendo fú, por las gateras.

Y al día siguiente, cuando el pueblo en masa acudió creyendo encontrar convertida en escombros humeantes la Casa del Duende, hallóse desagradablemente sorprendido viéndola alzarse tan famosa y tan enhiesta, aunque más horrible que antes, por haber ennegrecido el fuego sus muros.

Desesperado los jóvenes viendo frustrado su intento, resolvieron penetrar en la casa, a todo trance, denodadamente, y no dejar en ella titeré con cabeza.

Y, dicho y hecho: aquella misma noche derribaron con un hacha la puerta, y, armados con gruesos garrotes, entraron valerosos en el siniestro albergue y penetraron en un gran salón donde las brujas, a la luz de un candil y rodeadas de sus bichos, estaban tranquilamente sentadas alrededor de



una mesa jugando a las cartas.

—Esta es la nuestra—se dijeron los tres invasores, arrojándose sobre ellas, confiados en que serían sordas al no haberse enterado de que acababan de destrozarse la puerta.

Pero no contaban ellos con la huésped.

Antes de que pudieran hacer uso de sus garrotes, se les escaparon éstos de las manos y se pegaron contra el techo, mientras las brujas, elevándose también en el aire, desaparecían, dejándolos con la boca abierta.

—Mataremos al menos a los bicharracos—dijeron a una.

Pero, ¡quién! todos, y hasta algunas arañas que tejían su tela en los ángulos de la habitación, habían tomado las de Villadiego, y en vano recorrieron los asanantes toda la casa. No encontraron en ella ser viviente.

Tirándose de los pelos de rabia, la emprendieron con los trastos, y al destrozarse un arca salió de ella, revoloteando, una lechuza. Como fieras se echaron los tres sobre la fugitiva, apresándola al momento; y ya iban

a matarla cuando oyeron, con estupor, que les decía:

—No me matéis, que ningún daño os he hecho.

Dos de los muchachos negábanse a ablandarse; pero el más joven, Olaf, compadecido, intercedió por ella, y la soltaron.

La lechuza dijo a Olaf:

—Eres un buen chico. En premio a tu buena acción voy a darte un consejo, que te hará feliz si lo sigues. Y acercándose a su oído deslizó en él algunas palabras, y huyó al punto, temiendo que los otros se arrepintiesen de haber perdonado su vida.

Como era noble y generoso, Olaf refirió a sus amigos lo que la lechuza le había dicho, por si también querían seguir su consejo. Ellos opinaron que, por probar, nada se perdía, y ocultáronse detrás de un raído cortinón, para esperar los acontecimientos.

Graves y sonoras oyéronse al poco rato las doce campanadas de la media noche, y entonces volvieron sigilosamente al salón las tres brujas. En el acto salieron de su escondite los tres jóvenes; y arrojándose cada cual ante una de ellas, con gran respeto, y tomándoles sus apergaminadas diestras, las besaron tres veces.

Un grito de alegría se escapó del pecho de las brujas, mientras, desapareciendo sus negros atavíos, quedaban convertidas en tres gentiles y preciosas princesas.

Inmediatamente seis bellísimas damas, con lujosos trajes, rodearon a las princesas, colmándolas de parabienes; y, entre tanto, los muchachos, que no sabían lo que iba a suceder, creían estar soñando.

La princesita que parecía mayor les dijo, al fin:

—Habéis de saber que nosotras somos hijas de un poderoso rey que tuvo la desgracia de casar en segundas nupcias con una malvada reina hechicera y de morir poco después. Entonces nuestra madrastra, que nos odiaba, una tarde que íbamos de paseo arrojó sobre nuestras carrozas unos polvos mágicos y nos vimos convertidas en brujas; y tuvimos la pena de ver que nuestra desdicha alcanzaba a nuestras damas, a los cocheros y lacayos, que transformó en lechuzas, urracas, murciélagos y gatos, y hasta a los caballos, que se volvieron arañas. Era preciso que un joven besara nuestra mano para que se deshiciere el encanto y ella perdiera su poder sobre nosotras. Ahora es nuestra esclava: veréis.

Dió una palmada y se presentó la maga.

—Queremos—le dijo la princesa—un hermoso palacio y que nos sirvas exquisitas viandas. Aquí pasaremos dos días. Has de vestir magníficamente a estos caballeros y proporcionarles pajes y hermosos caballos, con sus palafreneros, y harás que venga una escolta para acompañarnos a nuestro reino.

Escuchóse un horrible estruendo; todo quedó en tinieblas, y en un abrir y cerrar de ojos volvió la luz. Había surgido sobre las ruinas de la derrumbada Casa del Duende un soberbio palacio, profusamente iluminado y amueblado con magnificencia. En el comedor, la mesa estaba cubierta de ricos manjares en vajilla de oro.

A la mañana siguiente volvió la maga con cuanto había pedido la princesa.

Grande fué el asombro de todo el pueblo al contemplar, al otro día, el hermoso palacio, y mucho mayor cuando vieron organizarse la brillante comitiva, cuyo paso presenciaron con admiración y gratitud, pues las princesitas y sus prometidos arrojaban a montones el oro por las ventanilla de la carroza.

Y a los pocos días llegaron a su reino, se casaron y fueron muy felices.

María BERTA QUINTERO

Dibujos de PUIG.



Una voz lejana

...Look in my face,
my name is: —Might ha-
ve been! I am also ca-
lled: —No more, Too
late, Fare thee well!...

ROSSETTI.

TRAS de mostrarnos las últimas pinturas debidas a su pincel minucioso y exquisito, Jaime Losa nos hizo entrar en una pieza contigua al estudio, anunciándonos con emoción:

—Van ustedes a ver mi obra maestra.

La estancia estaba toda tendida de damascos negros, sin otros muebles que un diván tan fúnebre como las tapicerías; un cofrecillo de plata repujada, sostenido por un fino soporte, y, en un caballete de ébano, un lienzo encerrado en marco, también de ébano y plata, con cristal. Era un extraño

retrato de mujer muy joven, de una composición simbólica y prolija; a la izquierda, sobre un fondo oscuro y casi indistinguible de sauces melancólicos, aparecía de pie una criatura esbelta y lánguida, apoyada en un arpa y vestida con un traje azul muriente que tenía algo de túnica y algo de sudario; ladeaba su boca en una ambigua sonrisa de bondad o tal vez de dolor, oprimiendo una pasionaria contra su angosto pecho de virgen enfermiza, y su cuello, delgado, largo, se tronchaba un poco bajo el peso de una cabellera maravillosa que la comía el rostro, de belleza triste, y la ponía un casco abrumador de oro deslucido; en un plano distanciado, a la derecha, desfilaba una teoría de blancas figuras veladas, conduciendo un ataúd hacia un lúgubre edificio, cuya puerta abriase sombría al extremo del cuadro, y por encima de la conmovedora doncella, revoloteaba un pajarito azul, el pajarito azul de los ensueños de la adolescencia... Con su faz terna condenzada, el retrato resultaba rico de expresión, un tanto desvaído de color quizá, conforme convenía al modelo.

—¡Admirable!—dijo uno de nosotros, exteriorizando la opinión común, y no en un rasgo de mera cortesía.

—Ya habrán advertido ustedes que están viendo a una muerta—aclaró el pintor—; pero lo que no saben es que se trata de una muerta a quien no conocí, ni la importancia que en mi vida sentimental tiene este retrato. ¡Toda una historia, amigos míos!

Contemplaba la efígie pálida y desfalleciente que revivía por taumaturgia de su arte, y, a pesar de que se habían vuelto grises sus cabellos y de que su espalda se curvaba con los años, relucía en su mirada un fuego juvenil, un fuego inextinguible...

—Si no fuera una indiscreción—aventuré—, me atrevería a suplicarle que contara esa historia.

—Con mucho gusto.

Y un sí es no es avergonzado de lo que acaso podría considerarse una debilidad suya, nos explicó el origen del retrato aquel.

Cierta día del otoño anterior se presentó en el estudio de Jaime Losa una dama inglesa, lady Cleaver, para hacerle un encargo. Corrección y algo rígida, con su austero traje y su toca de luto, bajo cuyos crespones se alisaban los nevados cabellos de dos crentas, no carecía de distinción por sus modales y su porte, aun sin ser completamente de la gentry.

—Recurro a usted, caballero, porque en España, donde ya llevo residiendo diez años, no creo a otro artista tan capaz de

corto: nació tardíamente en una finca de los alrededores de Londres y creció entre ternuras; muy pronto, empero, con motivo de una indisposición que hubo de aquejarla en la edad crítica, algunas eminencias médicas de allá vaticinaron que la niña no viviría mucho, pues padecía una hipertrofia del corazón; recomendaron, en consecuencia, que se trasladase la familia a un país más cálido, a España, por ejemplo; y vinieron los tres a España, aposentándose en Málaga, donde Daisy, ignorante de su mal, vegetó dichosa, aunque endeble siempre; a los cuatro años de habitar en Málaga, sucumbió el padre, víctima de una apoplejía, y seis años después, reunióse con él la enferma, pereciendo de improviso en el transcurso de un viaje a Madrid, ocasionado por los preparativos de su próxima boda con un compatriota suyo

do de amor propio por las dificultades de aquel retrato póstumo. Al parecer, tales intentos no le salían mal; era como si la propia muerte le dictara desde la tumba sus menores particularidades, pues los detalles que había él de precisar por deducción o por intuición se le representaban sin vacilaciones y le infundían la certeza de no errar al reproducirlos. Antes de una semana tuvo hecho un boceto definitivo, e invitó a lady Cleaver a examinarlo.

—¡Oh, es mi hija, mi hija!—exclamaba la buena señora, olvidándose de su británica rigidez, húmeda de lágrimas la faz—. ¡Gracias, caballero! Nunca le elogiaré bastante su destreza...

Y con la voz entrecortada por un llanto feliz, dirigía al boceto epítetos mimos en inglés:

—My darling, my baby!...

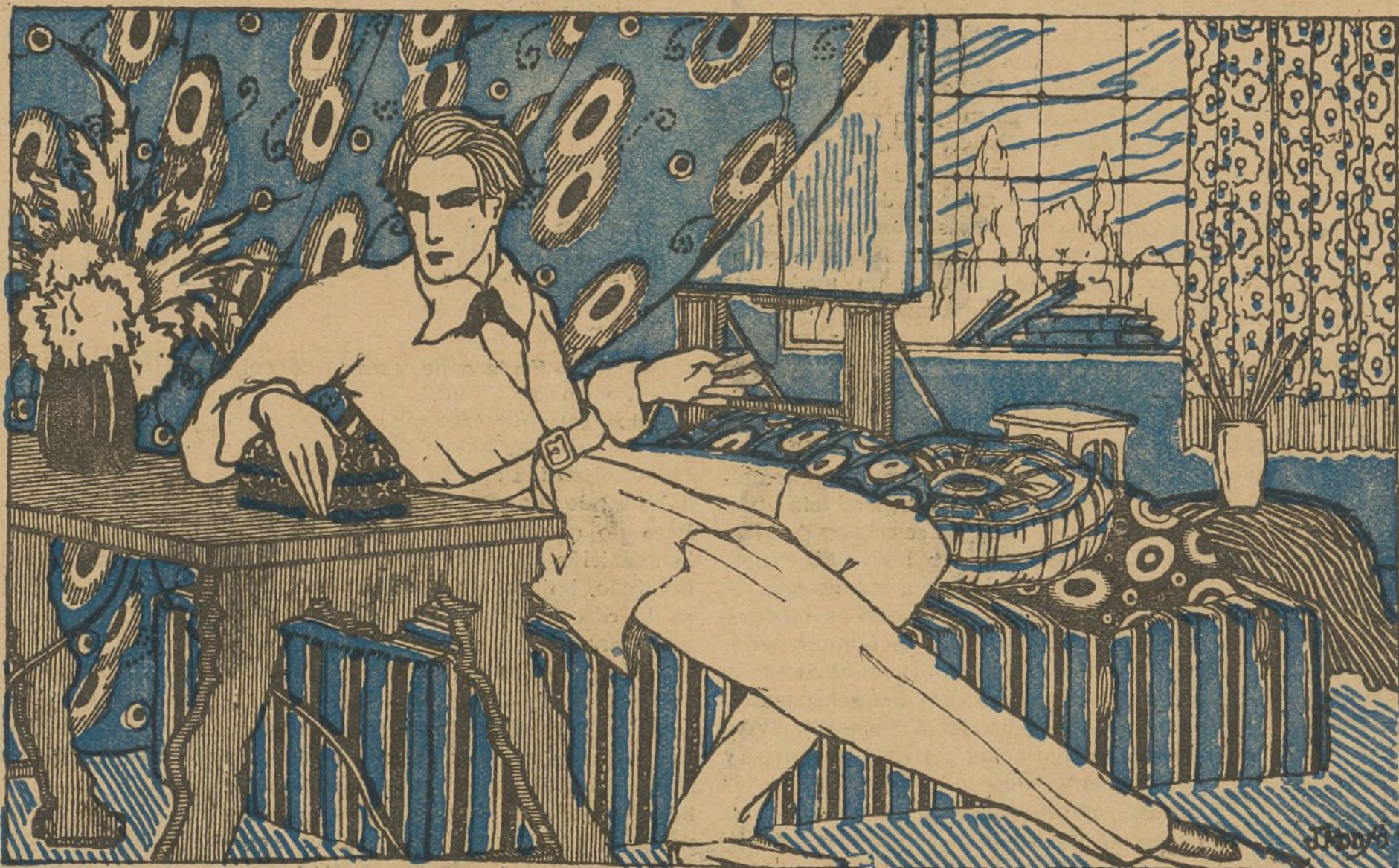
Ya había compuesto Losa con la imaginación todo el retrato, y cerciorado de la semejanza por la turbación de lady Cleaver, empezó a pintarlo de tamaño natural, complaciéndose en su tarea, presa de súbito ardor. Otra vez percibía su espíritu una a modo de voz lejana que le llegaba desde las tinieblas de la muerte, y a cuyo influjo resuscitaba él la impalpable imagen. ¿Quién no ha oído alguna vez esa voz remota que impulsa a las acciones decisivas: voz de quimera, de ambición, de amor?... Para el artista, acabó por resonar como la voz de una novia imposible que a través del misterio le hablase dulcemente de lo que pudo ser.

¡Lo que pudo ser!... Según avanzaba en el trabajo iba experimen-

tando una atracción insana por su fantasmal modelo, y a la postre, en pleno pigmalionismo, le fué preciso confesarse su pasión absurda... ¡Estaba enamorado de una muerta, desconocida! No sufría, empero, por ello; era su amor un sentimiento casto y manso que se contentaba con la contemplación de la sombra inasequible y con inventar lo que habría sido de ambos si hubiera conocido a Daisy en vida.

Terminada la obra, el pintor se sintió desconcertado. Ya no podría soñar con su musa como cuando la pintaba, y, además, se vería constreñido a prescindir del lienzo. Ni por asomo concibió la idea de quedarse con una copia o de pintar para sí un retrato distinto, pues opinaba que no lo conseguiría, que el concluso se había hecho casi solo y merced a un milagro. Lady Cleaver, al verlo, estrechó ambas manos al autor, mientras por su rostro resbalaban lágrimas cordiales. Quiso llevarse la obra al punto; pero Losa se opuso, sin poder decidirse a desposeerse de aquella pintura tan pronto. Le faltaba, dijo, perfilarla, dar los últimos toques, corregir varios defectillos que advertía...

Algún tiempo después, insistió la madre, impaciente, sin conseguir tampoco su propósito. Sin embargo, al fin, no tuvo



realizar el propósito que me trae—expuso con su acento de británica dureza.

—Agradecido. Y ahora usted me dirá en qué puedo servirle.

La dama se explicó. Habiendo perdido a su única hija meses atrás, pretendía poseer de ella un retrato impecable, no sólo por el parecido, sino también desde el punto de vista psicológico. La finada era un ángel, y se requería, al fijar su aspecto, sorprender todo lo que en él alentó de ideal, casi de divino.

—Pero yo no he conocido a esa señorita.

—No importa... Viendo otros retratos pintados de su mano, me he convencido de que usted logrará interpretar el alma de mi pobre Daisy. Le hablaré de ella, le entregaré fotografías suyas, le contaré su vida, y estoy segura de que acertará usted a reflejarla mejor que si la hubiera conocido.

Le ofreció un precio espléndido por la difícil empresa y convinieron en que, dos fechas después, iría el pintor a casa de lady Cleaver para impregnarse poco a poco en el ambiente físico y moral de aquella joven malograda.

Conforme prometiera, el día señalado, la infeliz madre le habló con extensión de su hija. El paso de la angelical girl por el mundo fué un poema demasiado

establecido en la corte. Lady Cleaver se complacía en suministrar a su interlocutor un verdadero lujo de pormenores: su hija tocaba el arpa de un modo adorable; recitaba a la perfección versos de poetas ingleses; hacía labores primorosos... A medida que escuchaba, el pintor iba encariñándose con aquella *maid* que tenía, como los serafines, un instrumento celestial, y murió joven como los favoritos de los dioses, abandonando la existencia en el preludio de sus esponsales; y cuando lady Cleaver le mostró fotografías de la difunta, tan bella y tan sutil, el interés del artista por el asunto de la futura obra llegó hasta el entusiasmo. Luego, animada por la atención de su oyente, la madre le enseñó vestidos de su hija, el arpa, dos largas trenzas que la cortara en el fétetro...

—Han perdido algo de color; pero, aun así, puede usted formarse idea de cómo eran los cabellos de mi Daisy.

Fina, metálica, de un rubio ceniciento, nada, en efecto, más evocador que aquella cabellera recogida en dos sierpes de plata sobredorada. Jaime Losa, de hallarse solo, habría besado las sedosas trenzas con el fervor con que se besa una reliquia santa.

Se llevó las fotografías y en seguida se puso a ensayar diseños y apuntes, pic-

Losa otro remedio que declarar cumplida su misión. Entonces indicó la dama, con un rodeo discreto, que le pagaría en seguida la suma estipulada.

—No, señora.

—¿Cómo?

—No me pregunte usted ni me dé las gracias por lo que es involuntario. Hay algo en esta obra que me impide cobrarla.

—¿Cómo?

—El retrato, a pesar de todo, la pertenece a usted.

—No es correcta su conducta, caballero, ni excusable la mía al tolerársela; pero una vieja como yo comprende muchas cosas... y acepto, reconocida y conmovida.

—Señora...

—¡No continúe, por Dios!

Al día siguiente, lady Cleaver envió al pintor un cofrecillo de plata repuja-

da, dentro del cual, sobre un lecho de terciopelo negro, se retorcía una de las serpientes de oro descolorido en que estaba trenzada la cabellera magnífica de Daisy. Losa apreció toda la delicadeza del obsequio, conservándolo con cuidado devoto.

Seis meses más tarde pasaba asimismo a su poder el interesante lienzo por disposición testamentaria de lady Cleaver, muerta en aquellos días, también del corazón.

Y aunque no nos lo revelara Jaime Losa, ninguno de nosotros dejó de sospechar el culto de sus arrobamientos ante el hechizo de un retrato. Todos le adivinábamos besando un ramal de cabellos y escuchando dentro de su alma una lejana voz rezadora de versos especiosos al son de un arpa ultraterrena...

Germán GÓMEZ DE LA MATA

POESÍA Y REALIDAD

EL ESPAÑOL ASESINADO POR GOETHE

El inmortal autor del *Fausto* consideró siempre el Arte como un medio supremo de liberación y purificación personales.

Después de cada una de sus obras se sentía mejor, más sano, más perfecto, más sereno y más limpio de la preocupación que le había embargado el ánimo mientras había concebido y trazado su obra.

El único protagonista de todas sus creaciones es siempre el mismo, aunque lleve cada vez distinto nombre y, en algunos casos, llegue hasta la muerte.

En tal circunstancia hubiera querido morir así, como muere, se mata o mata al protagonista. Es más: ese final le agradaba a Goethe, porque le parecía como la penitencia más adecuada al pecado que confesaba.

Claro es que volvía a pecar; pero se confesaba de nuevo y escribía otra obra, naturalmente, distinta; porque corregido por las penitencias de sus pecados pasados, pecaba de otra manera.

De modo que fué un ideal y perfecto pecador, pues haciendo honor al arrepentimiento de sus faltas, no hubo de confesar jamás un mismo pecado, sino siempre uno nuevo.

Y lo notable en un caso fué que interesándose en un problema ajeno, arrebatando la personalidad al verdadero protagonista, asesinó así, mejor dicho, hizo asesinar a un curioso español que vivía por entonces, en 1774, en Madrid, en la calle de Leganitos, primero, y después en la del Príncipe.

Se trataba de un hombre apuesto, hecho ya, aparentemente, un real mozo, que, por renunciar a una novia, encontrada ya harto fea, había de morir a manos del ofendido cuñado, que no debía serlo jamás.

Los purísimos sentimientos de Goethe, sublimados al recogerlos del caballero español, eran más románticos que los de este señor, de carne y hueso. D. José Clavijo y Fajardo, natural de Lanzarote (Canarias), hombre despierto, agradable, muy aficionado a las cosas francesas; pero no tanto que fuera a darse en matrimonio a la joven Lisette, modista de sombreros, embellecida un instante con una pubertad provocadora, y marchitada de pronto por una enfermedad crudísima.

La señorita Lisette, María Luisa Carón, debió en la realidad, en 1764, cuando el verdadero drama acaeció en Madrid, estar enamoradísima de D. José, mucho más, seguramente más de lo que imaginó Goethe en su drama *Clavijo*. es-

crito diez años después, tomando el asunto de las *Memorias* de Beaumarchais, publicadas un poco antes.

El autor de *El barbero de Sevilla*, Pedro Agustín Caron, más conocido por Beaumarchais, hermano de la señorita Lisette, cuenta en sus *Memorias* las relaciones de Clavijo con la joven y el rompimiento de ellas, de un modo que no es completamente exacto.

Se explica y se comprende, porque en tales casos esas cosas se leen siempre muy bien, aunque se escriban muy mal.

Clavijo había tratado en Francia con Voltaire, y con Buffon, cuya *Historia Natural* debía ser el primero en traducir al castellano. Mientras, traducía otras cosas, y entre ellas los sermones de Massillon, a pesar de ser algo «libertino», como se decía entonces a los amigos de los enciclopedistas. En aquellos momentos publicaba, además, su famoso periódico *El Pensador Matritense*, colección de «discursos críticos sobre todos los asuntos que comprende la Sociedad civil», donde combatió las corridas de toros, y por haber pedido la prohibición de los autos sacramentales ha conseguido un lugar en la *Historia de las ideas estéticas* del celebrado polígrafo Menéndez y Pelayo.

Su vida, no desahogada, la sobrellevaba con paciencia, auxiliado acaso por el hombre del dinero en la España de aquel tiempo: el señor ministro Grimaldi.

En esta situación, D. José Clavijo, asesinado por Goethe en su celebrado drama, conoció a «las Coronas», como se llamaba en Madrid a las hermanas de Beaumarchais, establecidas en la corte de las Españas poco después que el listo y habilísimo relojero-mecánico Andrés Carlos Caron, padre de ellas, requerido por el Concejo en 1746, viniera a tratar sobre el empleo de ciertas dragas para los puertos y ríos.

Lisette, la más pequeña, interesó desde luego al futuro naturalista, quien llegó a darle palabra de casamiento; palabra que se negó a cumplir más tarde, porque halló a la novia demasiado enferma y nada apetitosa por su insignificancia social, para un hombre ambicioso y audaz como él, que se sentía llamado a muy altos destinos.

Y como la palabra había sido formal, las relaciones muy oficiales, el trato con los futuros parientes demasiado íntimo. D. José, ante el conflicto, se decidió por la ausencia. Lisette enfermó de desamor; intervino su hermana mayor, escribiéron ambas al hermano, que casualmen-

te se proponía visitar la corte para realizar unas gestiones sobre la trata de negros y otros asuntos de la misma índole, para que interviniese en el caso.

Beaumarchais vino, en efecto, a Madrid, hizo sus gestiones cerca de algunos banqueros y del mismo Grimaldi, y escribió a su padre el 15 de agosto de 1764:

«Me he encontrado a mi hermana de España casi casada con Durand, porque en el descrédito en que su pobre cabeza de niña creía haber caído, el primer hombre honrado con que ha tropezado ha sido un dios para ella. Mi llegada ha rectificado un poco mis ideas y me encuentro, tanto por mis propias miras como por los consejos de mi propio embajador, en el caso de preferir a Clavijo, a quien tenía derecho a creer vuelto de sus extravíos, por lo que ha hecho para persuadirme de ello.»

Beaumarchais y Clavijo celebraron algunas conferencias; concertaron las paces los novios; pero luego se arrepintió de nuevo Clavijo, y esta vez fué para siempre, dejando a la novia colgada en cuanto se marchó su hermana, a pretexto de que no tenía una posición para casarse.

La historia, demasiado vulgar, no con-

venía al autor de *El barbero de Sevilla* y de *Las Bodas de Figaro*, que la refirió en sus *Memorias* de otra manera, haciendo a Clavijo suscribir un acta y faltar a su palabra como un felón.

Goethe, que buscaba en la literatura francesa los elementos más adecuados para el arte germánico, leyó las *Memorias* de Beaumarchais, y repugnándole aquel relato, lo corrigió a su gusto, y sin pensar más, sin respetar la existencia real de los actores de la acción, escribió su drama, haciendo que Beaumarchais matase a Clavijo en un duelo a la puerta de su casa.

Y así fué asesinado D. José Clavijo y Fajardo en 1774, por no haberle parecido al autor del *Werther* que se había conducido bien con su novia.

Pero D. José murió mucho más tarde, después de haber sido director del Real Gabinete de Historia Natural y miembro del Consejo de Hacienda.

Su nombre no volvió a sonar desde 1806, y es probable que no se enterase nunca de que había muerto tantísimo tiempo antes. Llegó a vivir unos treinta y dos años más, sin permiso de Goethe, pero autorizado por Dios y la benévola Naturaleza.

Rafael URBANO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

POLÍTICA, TEATRO, TRADUCCIONES

En la calle y en la cárcel

Mis lecturas de esta semana han sido, en general, más políticas que literarias. Esto las aparta de la naturaleza habitual de mis comentarios en esta hoja. Pero no quiero dejar de señalar aquí la aparición del libro en que Marcelino Domingo, bajo el título de *En la calle y en la cárcel* (edición Renacimiento), ha seleccionado el interesantísimo relato de sus azarosos días del verano de 1917. No es un libro de frías disquisiciones políticas, ni una colección de proclamas encaminadas a suscitar un movimiento de subversión. El polemista, el luchador, se ha despojado de todo proselitismo y ha narrado, sencillamente, su trágica aventura, una de las más reveladoras como síntoma de la España actual.

Mi amistad política con el autor me impide extenderme en este punto. Me lo veda, en otro sentido, el respeto a la opinión de este amado periódico. Con todo, no sería justo pasar en silencio que entre esas páginas se encuentra el recuerdo de una escena ominosa que bien quisiéramos olvidar, y el precedente de una herida mortal causada a la inviolabilidad parlamentaria española. Ese desafuero, contra el cual se manifestó unánime la opinión liberal, pero que, a pesar de ello, quedó sin sanción, ha ejercido en posteriores acontecimientos más influencia de la que se cree...

Muchas consideraciones pugnan por salir de mi pluma en este momento; pero las retengo, no sin consignar aquí la ejemplar caballerosidad de los marinos españoles, que se destaca vigorosamente de esas páginas amargas. Yo tuve ocasión de visitar al autor en los días de su prisión, y oír de sus labios, mucho tiempo después, la narración de ese cautiverio. No me toca hablar aquí más que del aspecto literario; en este concepto, el libro de Marcelino Domingo se junta, muy dignamente, a los relatos clásicos de prisioneros que nos han descrito sus horas de forzada soledad, en alucinante diálogo consigo mismos: Casanova, Sil-

vio Pellico, Blanqui, Pedro Corominas... Singularmente, recordaré siempre la nota entenebrecida del marinero que, durante la noche, frente al camarote de encierro de Domingo, entonaba sus canciones de infancia para ahuyentar la terrible obsesión del cautivo. Encuentro en esa delicadeza un sabor dulcísimo de maternidad, el mismo instinto de adormecimiento piadoso que guía a la madre ante la cuna. Muchas veces—dice el autor—, al cerrar los ojos para oír la canción, era yo un hombre caído, desesperanzado... Y al abrirlos, después de haberla oído, era un hombre en pie, con el pecho dispuesto...

La tragedia prevista

Tampoco voy a analizar aquí con detenimiento las muy interesantes disquisiciones del libro que Gómez Hidalgo ha dedicado a la cuestión de Marruecos bajo el título de *La tragedia prevista*.

Hay en ese artículo demasiada palpación de actualidad, y mis puntos de vista personales, que he expuesto en otras columnas, serían aquí disonantes. He saboreado con deleite esas páginas, que han recibido la mayor consagración a que puede aspirar un periodista: la resonancia en el público y en el Parlamento, la rectificación de los fallos con que la opinión había juzgado, en el primer momento, la culpa directa del desastre; una nueva formación, más justa, del germen que mañana alcanzará su perfecta eclosión en una página histórica. Como valor sintomático, ese libro, unido al anterior por la naturaleza del prólogo clarividente que le ha puesto Marcelino Domingo, no puede ser más angustioso.

Dramática

La necesidad de satisfacer en lo posible a los innumerables autores que tienen la atención de enviarme sus libros me obliga a consignar rápidamente la impresión de muchas lecturas que sirven de compensación a más hondos estudios personales.

Es muy difícil, en las reconstrucciones históricas, librarse de cierto infantilismo escolar o de una adaptación demasiado *libresca* a los mitos históricos. Ese es el primer defecto de la tragedia que el Sr. Ataliva Herrera ha dedicado a los días de extinción del imperio incaico, bajo el título de *Las vírgenes del sol*.

El asunto es, acaso, el más rico yacimiento de temas trágicos de que pueda disponer la Humanidad: el choque entre España y las Indias, entre los dos mundos de la Historia. Pero el peligro está en que la misma facilidad elemental del tema dé por resultado una especie de libreto de ópera... La interpolación de los nombres peruanos en el endecasílabo no siempre se resuelve sin peligrosos contrastes; la necesidad de mantenerse en el tono trágico produce un envaramiento de la elocución y a veces una prosaica estridencia en las imágenes.

Recuerdo, sobre el mismo tema de *Las vírgenes del sol*, un ensayo bastante feliz: el drama *Bajo la selva*, del chileno Aurelio Díaz Mesa. El vigor de la personificación bravía del indio flotaba en él sobre la preocupación histórica, sobre la plasmación del dogma oficial.

La escritora francesa Mme. Andrée Brugnère de Gorgot me envía otra reconstrucción histórica del mismo género. Titúlase *La Légende des Pyrénées*. Es obra de simbolismo, en tono neoclásico. La sugestión de *L'Atlántida*, de Verdaquer, es visible en ella. El peligro de esas simbolizaciones está en su infantilidad originaria. (Recuerdo como típica en ese punto la pobre tragedia catalana *Garraf*, de Ramón Picó y Caupamar. En madame Brugnère debe loarse la destreza de su asimilación clásica, ya probada en sus anteriores estilizaciones heredianas.

El Viejo, del uruguayo Eduardo Dieste, es una tragedia vulgar con fulguraciones y atisbos de la belleza pura. Da una impresión de primitiva y recia patriarcalidad, retemplada como un viejo acero en las tierras nuevas. Una lontananza de aventuras desconocidas ábrese, preñada de sugestiones, más allá del último acto.

El secreto, novela dramática de Contreras Camargo, pertenece a muy diversa tonalidad. En cierto momento nos recuerda *La Robe rouge*, de Brioux. El desenlace sufre por la deslealtad del héroe, falseando el valor de los caracteres que

chocan y la pureza de la intensidad pasional y estética.

Versiones

La casa Editorial Calpe añade continuamente nuevos nombres a su serie de traducciones. Díez-Canedo ha vertido admirablemente la *Fermina Márquez*, de Valery Larbaud. Hay más valor lírico que novelesco en ese libro, paso de una dulce visión femenina sobre la opacidad de un colegio de adolescentes. Riqueza de tonos en algún carácter estudiantil (el negro Demoiselle, Joanny Lénit, Santos Iturria). Toda la obra es una elegía de juventud desvanecida, cuyos ensueños, no sé si por fortuna o por desgracia, se extinguen; pero, en cambio, se mantienen puros de todo contacto de realidad, y también de toda consiguiente decepción...

Los devoradores, de la escritora italo-inglesa Annie Vivanti, cuya traducción ha hecho muy esmeradamente Cristóbal de Castro, es una novela femenina por excelencia.

Es otra elegía: la extinción de las ansiedades espirituales y los gérmenes geniales, devorados por la vida misma. Estilo ingrátido, lleno de matizaciones y fugas poéticas; sentido de la ligera amenidad, o de la amena ligereza.

Gabriel ALOMAR

*

LIBROS RECIENTES

El culto escritor Silvio Kossti, afortunado autor de *Las tardes del Sanatorio*, tras un prolongado silencio, acaba de publicar un amenísimo volumen con el título de *Epigramas*, que seguramente será tan leído y comentado como *La gran guerra*, otro de los interesantes libros de Kossti.

*

La canción del deportado lleva por título un pequeño volumen, en el que Alberto Ghirardo ha reunido la conferencia que dió en el Ateneo sobre su fracasada deportación, la composición leída por él en dicho Centro y varias poesías más derivadas del mismo tema.

La emocionante narración de su triste odisea y el comentario y la protesta de su núnem, noble y viril, completan la atrayente fecundidad, moral y literaria, de Alberto Ghirardo, y aportan en este

folleto, que debe leerse y meditarse, un dato permanente para la historia de los atropellos y las injusticias de ciertos gobernantes.

*

Joaquín Belda ha hecho una segunda edición de su leída novela *Los nietos de San Ignacio*, precedida de unos comentarios sobre la reciente campaña contra la moralidad en la literatura.

*

Recientemente se ha publicado *Lección de Derecho usual*, por el doctor D. Agustín Fernández de Peñaranda y de Angulo, marqués de Santa Lucía de Cochau, segunda edición notablemente corregida y aumentada con un resumen de doctrinas al final de cada lección, acompañándose un retrato del autor.

*

Don Rafael Altamira ha reunido en un tomo, que titula *Arte y realidad*, sus más importantes artículos de crítica literaria, entre los que van comprendidos los dedicados a Galdós, a las últimas producciones de los Quintero y a Echegaray, Palacios Valdés y Blasco Ibáñez.

*

El ilustre diplomático D. Roberto Le villier acaba de publicar un libro muy sugestivo, que titula *La tienda de los espejos*, en que con pulcro atildamiento de lenguaje y fina observación ofrece una docena de tipos, perfectos retratos de personas con las que convivimos, y varias narraciones de amena lectura, que afirman el prestigio literario del exquisito autor argentino.

*

Don Antonio Martínez del Campo, distinguido abogado, autor de notables obras profesionales, ha dado a la estampa, con el título de *Retazos de vida*, una serie de cuadros madrileños, con los que demuestra que posee grandes dotes de observación y extraordinaria amenidad como narrador.

*

Mundo Latino, con gran acierto, ha publicado la novela legendaria *El peregrino Camanita*, de Carlos Giellerup, en la colección dedicada a los grandes escritores distinguidos con el Premio Nobel.

*

Hemos recibido una obra de palpitante actualidad, titulada *La trágica reali-*

dad, en la que el Sr. Maturana Vargas estudia el problema de nuestro Protectorado en Marruecos.

*

La distinguida escritora María Teresa Barragán ha publicado un librito interesante y rebelde, que lleva el título de *Los dioses futuros*.

*

Acabamos de recibir *Marruecos: mala semilla*, ensayo de análisis objetivo de cómo fué sembrada la guerra en África, por Antonio Azpeitúa.

*

El infatigable escritor José Francés acaba de publicar una nueva novela, titulada *Sortilegio*, que ha sido cuidadosamente editada por Mundo Latino.

*

El volumen IV de las Obras completas de Verlaine contiene *Fiestas galantes y Romanzas sin palabras*. La traducción está hecha en verso, por Luis Fernández Ardavín.

*

«La Novela Universal para Todos» publica este mes *Aventuras de un viajero*, de Washington Irving.

*

Ha aparecido el tomo XXI de las Obras completas de Enrique Gómez Carrillo. Se titula *En las trincheras*.

EDITORIAL MUNDO LATINO

SAFO, FRINE Y OTRAS SEDUCTORAS, por E. Gómez Carrillo.

Un telegrama publicado en la Prensa asegura que cierto agente policiaco sin ortografía ha recogido por immoral este libro, que tal vez contenga las páginas más estéticas de su autor y en las que no se infiere ningún agravio a la ética. «La purificación de Safo» se titula el primer capítulo, y «La verdad sobre Frine» se rotula el segundo, en que la famosa mujer griega queda limpia de las culpas con que la tacharon. ¿Será la artística cubierta motivadora de la recogida? ¡Oh, severo pesquisidor! Si alguna vez vas a Roma y visitas el Museo del Vaticano, podrás admirar—si tu gusto no corre parejas con tu ortografía—la bellísima Tanager, que contemplan sin rubor los pontífices y de que es fidelísima reproducción esa cubierta.

De venta: librerías y estaciones, y envío contra mandato, Yagües, Caballero de Gracia, 28.

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)

Sucesores de Díaz Herrera

HORTALEZA, 17

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA

VINOS Y CEREALES

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39. — TELÉFONO M 3.714

PRECIOS ECONOMICOS VERDAD

GRANDES EXISTENCIAS

LADRILLOS REFRACTARIOS

TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACÍFICO, 12

TELÉFONO M 17-65

Pedid Coñac Lion d'or



GRAN SALDO DE PIELS

confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.

HORTALEZA, 82

LA ESTRELLA

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.

SAN BERNARDO, 1.

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie.

Les Petits Suisse

Fernando VI, 17



CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS. ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817. VELÁZQUEZ, 3. APARTADO 263

Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas

Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado. Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU

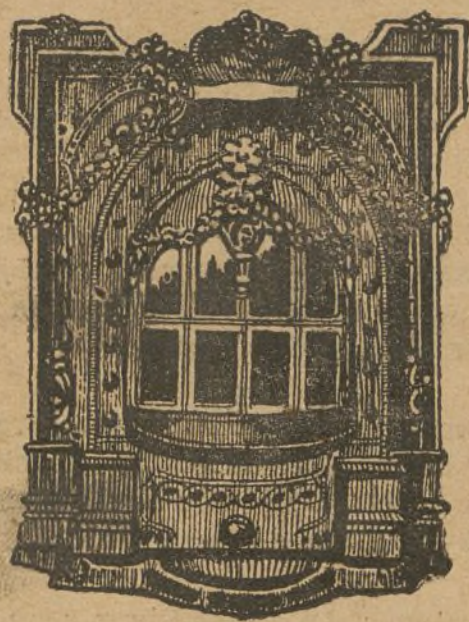
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU

Presbítero

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tufo

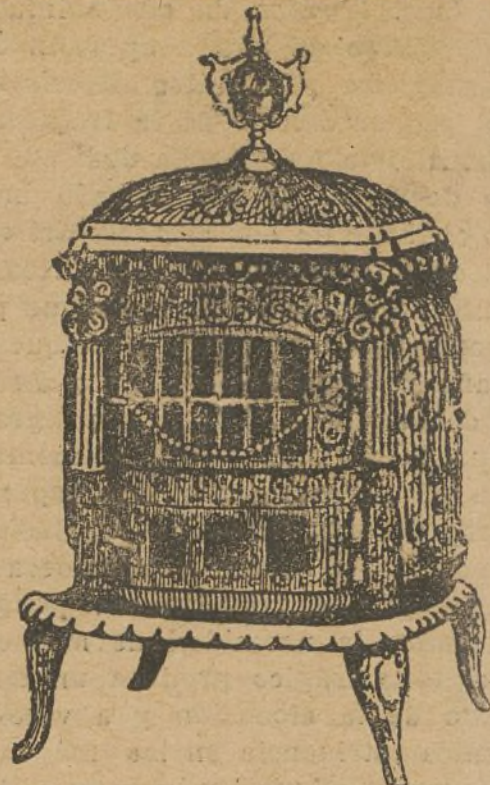
PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLÉS, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PÍDASE EL CATÁLOGO ILUSTRADO



LAMPARA

EGMAR



LA MÁS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID: Nicolás María Rivero, 8 y 10. Plaza de las Cortes, 2.

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado



UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 — Ayala, 60

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

Nerviosina de T. González De venta en farmacias



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID